

La imagen del tiempo, deshecha en el misterio, va dejando reminiscencias en la carrera del hombre. Por eso se ha dicho que el río, simbolismo del camino hacia la muerte, arrastra cosas que no son del río, que permanecen, porque son nuestras. Alfonso Calderón nos dice "que la melodía permanece". A veces, las piedras, en virtud del subjetivismo del poeta, se tornan irreales. Pero siempre encierran, en esta "Isla de los Bienaventurados", la posibilidad de un paisaje, no surrealista, sino creado en virtud de la palabra. Algunos poetas franceses han dicho que los pájaros de la tierra anidan en el cielo.

Los ojos han sufrido el asedio de los poetas. Antonio Machado nos brindó una galería de "miradas" líricas y viscerales. Cuando agotó sus interpretaciones, sus imágenes, comparaciones y metáforas, quiso centrar el pensamiento crítico en dos líneas que son como un aforismo de múltiples vertientes.

Alfonso Calderón, poeta intelectual que ciñe con palabras precisas la nostalgia y su confrontación con un presente de valiosas realidades, anota que la mirada tiene un arte y un compromiso, porque no es ojo todo lo que intenta ser vigía, porque "al fin y al cabo, los ojos azules / nunca dicen nada".

Poesía que contiene el recuerdo de situaciones significativas. Pensamientos que saltan y se completan en la fluencia caprichosa de las estrofas. Sentido del humor, tal vez porque la vida del hombre, cuando se anuda en las alternativas del vivir cotidiano, adquiere matices de rigurosa meditación, muy cerca de la trascendencia, sin que la hipotética sonrisa de los ángeles llegue a ser una distracción seria.

VICENTE MENGOD.

<https://doi.org/10.29393/At435-18GJRV10018>

"EL GENERAL JUAN MACKENNA".

De Raúl Téllez Yáñez. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires-Santiago, 1976. 2^a Edición. 191 páginas.

Todos los pueblos tienen sus ilustres desconocidos y el olvido de estas personalidades tiene su causa en una deficiente enseñanza de la historia en la educación secundaria. Como se ha dicho, esta situación afecta a todos los países, aunque, naturalmente, en distintos grados. Así, por ejemplo, el visitante se queda pasmado ante la ignorancia general que los griegos tienen sobre sus ilustres antepasados. John Kennedy conquistó un gran éxito literario resucitando en el papel la figura de algunos grandes hombres de la historia norteamericana. En fin, los casos se pueden alargar; y entre sumas y multiplicaciones llegamos a los pies del cerro Aconcagua, donde en general los chilenos desconocen quién fue Juan MacKenna: su nombre les suena extranjero, no sólo por tratarse de un apellido irlandés.

Es difícil comprender el olvido a que se ha echado a hombres como MacKenna porque muchos de nuestros próceres llevaron vidas más dignas de novela que de mamotretos históricos. Aventureros e idealistas. En verdad, se necesitaba una personalidad muy especial para decidirse a venir

a la tierra más alejada de las Indias, donde no se veían a menudo las vacas gordas. MacKenna es un buen ejemplo de esta clase de gente. Como tantos irlandeses de su época, decide servir para un monarca católico. Parte, aún niño, para España, lucha por este país y navega hacia América, con boleto sólo de ida porque ya no volvería a pisar Europa, donde se hiciera soldado. En Chile su espada fue determinante en la conquista de la independencia nacional. Su final es de ópera: cae derribado por una bala en un duelo celebrado con Luis Carrera allende los Andes, lugar al cual aquél había sido desterrado.

En su obra "El General Juan MacKenna", Raúl Téllez Yáñez intenta divulgar la personalidad de este soldado, de modo que atraviesen por sus páginas sólo aquellos que no conocen bien el pasado nacional. Y que se asomen a este libro incluso quienes no tienen especial interés por este prócer, porque el autor, a medida que confecciona su retrato, trata sumariamente la historia de la época.

En general la obra cumple con su cometido divulgador, pero a veces el autor se olvida de su intención. Así, por ejemplo, se insertan numerosas citas textuales de documentos. Se llega hasta el extremo monstruoso de copiar cartas de MacKenna y O'Higgins por espacio de veinticinco páginas consecutivas, en letra pequeña, e insertadas en el texto principal. Atrevimiento tal, sólo provoca las iras o la fiebre del lector. Estamos de acuerdo en que las cartas transcritas son importantes: pero hay muchos documentos interesantes en la vida de los pueblos y no por eso se van a copiar cada vez que se escriba historia. El lector habría sacado mayor provecho dedicándole tiempo a veinticinco páginas de análisis. Es decir, momentáneamente el autor confundió las tareas del escritor con las del transcriptor. Otro error de esta obra consiste en incluir el árbol genealógico de los MacKenna; porque la genealogía ha de servir sólo como ciencia auxiliar a los historiadores, a quienes este libro no está dedicado: la genealogía en manos de los no iniciados puede constituir el más inútil e insustancial de los conocimientos.

El autor es capaz de efectuar buenas ambientaciones literarias de la época, pero de vez en cuando olvida éste, su punto fuerte, para volcarse en juicios temerarios, especialmente acerca de los Carrera y O'Higgins. Esta visión infantil de ver nuestra historia, encasillada en dos bandos, carreños y o'higginistas, choca al propio autor quien, luego de cometer este pecado mortal, dedica algunas páginas para confidenciarnos que en verdad Carrera no era tan malo.

Sería plausible ver una nueva edición de esta obra (enmendada con el objeto de realzar su carácter divulgador) en la lista de lecturas obligatorias que confeccionan los liceos.

Una recomendación final: cuando se trata de obras de divulgación como ésta, es conveniente incluir un subtítulo que especifique su contenido; si no el lector, al cual se quiere llegar, no oirá el llamado. En el caso de un libro sobre un ilustre desconocido como Juan MacKenna, habría sido oportuno que en la portada se ligara su nombre con los hechos o época que le tocó vivir.

RAFAEL VARGAS HIDALGO.